

# **VIAJE POR EL TÔKAIDÔ**

***Un rato a pie y otro  
caminando***

***Tôkaidôchû Hizakurige***

**Ikku Jippensha**

**Traducción:  
Eva González Rosales**

**QUATERNI**

Título original: Tōkaidōchū Hizakurige (東海道中膝栗毛)  
by Jippensha Ikku (1765-1831)

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción: Eva González Rosales  
Revisión y adaptación: Raquel Ramos Cudero

**VIAJE POR EL TŌKAI DŌ. Un rato a pie y otro caminando.** Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941802-0-0

EAN: 9788494180200

IBIC: FAFJ, WTL

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

Parque Empresarial Inbisa

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: [info@quaterni.es](mailto:info@quaterni.es)

Internet: [www.quaterni.es](http://www.quaterni.es)

Buenos Aires | Madrid | México D.F. | Santiago de Chile

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | [www.dombidau.com](http://www.dombidau.com)

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri

Depósito Legal: M-6735-2014

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 14 (3)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

# PRIMER LIBRO





Salida y 4 primeras estaciones, por Tamenobu Fujikawa.

## PRIMERA PARTE

La brisa murmurando a través de los pinos en una hermosa mañana de primavera suena como si alguien cantara con el arpa sobre la riqueza, la libertad y la felicidad que proporcionan si los colocas junto a la puerta<sup>1</sup>. En esos momentos las carreteras parecen estar formadas por cabellos<sup>2</sup>, y ni uno solo se ve perturbado. Esto es una señal de la gloriosa época en la que vivimos, en la que la fama de nuestros héroes bélicos sobrevive solamente en las imágenes del cacareante Adzuma<sup>3</sup>; en la que hemos colgado nuestros arcos y espadas (incluso las de madera) como ofrenda al dios de las mil armas rápidas<sup>4</sup>; en la que los magníficos recursos de una tierra rica en puertos, obras de la Edad Dorada, parecen pasar ante nuestros ojos. Ahora es el momento de visitar todos los lugares célebres de la región y de llenarnos las cabezas con lo que hemos visto, de modo que, cuando nos hagamos viejos y nos quedemos calvos, tengamos algo de lo que hablar mientras tomamos el té. Aceptemos la

---

1 Se refiere a los pequeños pinos que se plantaban junto a las puertas de las casas como decoración de Año Nuevo para atraer la protección de los dioses.

2 Los caminos están tan concurridos que la gente tiene que caminar en fila india, formando hileras que compara con cabellos.

3 *Tori-ga-naku* («canto del gallo»), epíteto épico de Adzuma (el antiguo nombre de las provincias del este). En este contexto se refiere a Edo.

4 *Chihayaburu*, epíteto épico que normalmente se aplica a *kami* («dios»). También puede traducirse como «golpear de mil rocas». El significado de estos epítetos épicos es a menudo muy vago y su uso es más ornamental que explicativo.

invitación de estos amigos del alma y acompañémoslos en su largo, largo viaje. Unámonos al derrochador Yajirobei y a su sanguijuela, Kitahachi, con el dinero calentito bajo sus ombligos dentro de los taparrabos; con su ligero calzado y sus muchos tarros de pomada que evitarán que les duelan los pies durante miles de kilómetros; con sus atuendos de algodón moteado como la carne de una almeja<sup>1</sup>. Vayamos con ellos a través del destrozapiés Yamato<sup>2</sup> y seamos recibidos por el viento divino que sopla desde el Gran Santuario de Ise, por las flores de la capital y los pimpollos de los ciruelos de Naniwa<sup>3</sup> al final de nuestro viaje.

Ahí están, ya en Takinawa, que les recuerda al epigrama:

Recordamos que hemos olvidado  
 Cuando llegamos a Takinawa.

Pero ellos no tenían nada que olvidar. La suya era la vida fácil de los solteros. Tenían la misma necesidad que las ratas de malgastar el dinero en un alquiler y, como todas sus propiedades cabían en un ható, no tenían preocupaciones al respecto. Es cierto que tuvieron que hacer una pequeña ofrenda de arroz en el templo familiar, pero usaron las monedas de cobre<sup>4</sup> que les quedaban para conseguir el permiso de viaje en lugar de pagar al casero lo que le debían. Además, consiguieron algún dinero vendiendo lo poco que tenían de valor, aunque dejaron toda la basura en la casa para el siguiente inquilino, a modo de

1 Efecto que se consigue anudando pequeñas zonas de la tela antes de teñirla.

2 Un epíteto épico que se aplica a Yamato, la zona central del país donde la dinastía japonesa se estableció en su origen.

3 El antiguo nombre poético para Osaka.

4 La moneda de cobre se llamaba *mon*. Tenía un agujero en el centro para pasar una cuerda y llevar varias en ristra.

agradecimiento. El peso de piedra<sup>1</sup> para el barril de pepinillos y el cuchillo para raspar las ollas y sartenes lo dejaron junto a la puerta de la casa contigua, y los de la casa de enfrente se llevaron las sombrillas desgastadas y la jarra de aceite. No les quedaba nada, pero todavía tenían que pagar la cuenta del arroz y del sake. Aunque sintieron mucho tener que marcharse sin pagarla, como dice el antiguo poema:

Si en esta vida engañamos a la gente  
Encontraremos el castigo en la siguiente<sup>2</sup>.

Aquello los hizo estallar en carcajadas y, a continuación, Yajirobei comenzó a tararear:

Es de fantoches  
Huir por la noche  
Para escapar del enredo  
De la deuda de Edo;  
Pero qué se puede hacer  
Excepto desechar el miedo  
Y correr como un torpedo.  
¡Para perderte de vista, deuda de Edo!

Las aguas son profundas, y el río amplio;  
Podrás desvariar cuanto quieras en el lado contrario.

---

1 Peso que se ponía sobre los pepinillos para mantenerlos sumergidos en el líquido de encurtir.

2 Esto está escrito imitando un poema cómico chino. Leído en japonés pierde la rima y el ritmo, ya que el chino es un idioma monosilábico donde cada carácter corresponde a una sílaba.

Entretenidos de aquel modo, pasaron rápidamente por Shinagawa y Suzugamori<sup>1</sup>, y a continuación llegaron a Ōmori, que es famosa por su esparto.

Para poder comer necesitamos que nos compréis algo.  
Los niños lloran cuando los viajeros pasan de largo.

Después tomaron la barcaza pública que cruza el Rokugō y entraron en Mannenya, una casa de té, para comer algo.

—Buenos días —les dijo la camarera.

—Tráenos comida para dos, por favor —le pidió Yaji.

—Oye, Yaji —empezó Kita—. Mira a esa chica. Antes estaba tan canija como un sauce, pero ahora está hecha un bizcocho. Alguien debe estar mojándola. ¿Y no es raro que todas las casas de té de la carretera estén decoradas con flores secas? Mira esa pintura. ¿Qué es eso?

—Es una carpa subiendo una cascada —le dijo Yaji.

—¿En serio? ¡Pero si parece que está comiendo fideos!

—Será mejor que comas, en lugar de seguir diciendo tonterías —le dijo Yaji—. Se te está enfriando la sopa.

—¿Qué me dices! —exclamó Kita—. Ni siquiera me habían dado cuenta de que me la habían traído.

A continuación se comieron rápidamente las judías y el arroz que tenían delante.

—Bueno, ya hemos limpiado el plato —dijo Yaji.

—Avancemos un poco más —sugirió Kita—. Después tomaremos algo sabroso

---

1 Este era el campo de ejecución de Edo.

Pagaron el almuerzo y, al salir del local, se toparon con la procesión de un *daimyō*<sup>1</sup> que venía en dirección contraria. Los lacayos que corrían delante eran un viejo de sesenta años y un chico de unos catorce o quince. Ambos eran empleados de una posada.

—¡Abajo, abajo! —gritó uno de los lacayos—. ¡Los que lleven sombrero, fuera!

—Parece que van a pasar lista de los que llevan la cabeza cubierta —dijo Kita.

—¿Por qué? —le preguntó Yaji.

—¡Porque acaban de pedir que salgan todos! —respondió Kita.

—¡Postillón<sup>2</sup>, sostén a ese caballo! —gritó el lacayo.

—¡Pues se le van a cansar los brazos! —se rio Kita.

—Ese hombre de atrás no se está inclinando lo suficiente —continuó el lacayo.

---

1 Los *daimyō* (gobernadores de las provincias) residían en Edo seis meses al año, lo que contribuía a la riqueza y prosperidad de la ciudad. A.B. Mitford, en su libro *The Garter Mission to Japan*, describe de este modo la procesión de un *daimyō*: «Primero llegaban los cabecillas con sus roncós gritos de “¡Agachaos! ¡Agachaos!” porque, cuando pasa el señor, todos los hombres, mujeres y niños deben postrarse ante él. A continuación iba un sinfín de espadachines con aire de sobrenatural ferocidad; un auténtico ejército de siervos que llevaban el equipaje en cestas colgadas de varas de bambú; más guerreros armados con enormes lanzas adornadas con penachos de crin bajo la hoja; otros con alabardas que eran en realidad espadas con mangos de lanza, todos con la expresión más espeluznante. Tras ellos iba el campeón, e inmediatamente después el *norimono* o palanquín en el que el señor era transportado por ocho hombres. Tras él iba el encargado de la procesión, a caballo, y después el médico oficial, con la cabeza afeitada como un sacerdote, listo para prescribir, aplicar la moxa, o realizar acupuntura según los métodos más ortodoxos de la escuela china. Después de ellos iba el caballo del *daimyō*, majestuosamente enjaezado con una mantilla de extraña piel; a continuación más hombres de armas, más sirvientes, más equipaje, baúles lacados en oro, ropas, provisiones de todo tipo y, finalmente, un par de guardias más». Los cabecillas a los que se refieren eran, seguramente, los *sakibarai*, que normalmente eran trabajadores de las posadas que eran relevados en la siguiente estación.

2 Literalmente «chico de los caballos», mozo de cuadra. Iban y venían entre las estaciones conduciendo a los caballos a pie.

—¿Se refiere a mí? —preguntó Yaji—. Es lógico que no pueda agacharme demasiado. No puedes esperar eso de alguien que es tan alto como Kumonryō sobre la montaña Atago<sup>1</sup>.

—No te cachondees de ellos —le dijo Kita—. Se van a enfadar.

—Mira, ¿no te parece que van muy elegantes? Mira lo bien planchada que llevan la ropa y lo bien que mantienen la fila. ¡Ya lo tengo! Ya sé a lo que se parecen: a una cuerda de tender en una calle de Yoshichō<sup>2</sup>.

—¡Es verdad! —dijo Kita—. Pero mira los cascos de aquellos de los arcos, ¿no es como si tuvieran las cabezas hinchadas?

—Y qué cortas son sus capas —exclamó Yaji—. Se les ven los cataplínes por debajo.

—El *daimyō* es buen tío. ¿Crees que le meterá mano a sus criadas?

—Ya estás como siempre, opinando de cosas de las que no sabes nada —protestó Yaji—. No creerás que alguien de su nivel se rebajaría a eso, ¿no?

—¿Y por qué no? —preguntó Kita—. Ahí lo tienes. Míralo. Mira lo tiesecito que va. Vamos, ahora que se han marchado podremos seguir.

Se incorporaron y siguieron adelante. A las afueras del pueblo se encontraron con dos postillones.

---

1 Es el nombre de un personaje muy alto de la célebre novela china *Shuihu Zhuan*.

2 El barrio de las cortesanas en Edo.



### III. *¿No quieren montar los señores?*

—¿No quieren montar los señores? —les preguntaron—. Vamos de vuelta.

—Montaremos si es barato —dijo Yaji.

—Es una ganga —insistieron los postillones—. Doscientas monedas de cobre.

Tras acordar el precio, Yaji y Kita subieron a la grupa de los caballos y cabalgaron mientras las campanas de los corceles repiqueteaban (talán, talán, talán) y las bestias relinchaban (hin, hin, hin).

Entonces se cruzaron con otro mozo que venía de la dirección contraria.

—Hola, anormal —dijo—. Vuelves pronto.

—Vete a la mierda —le contestó el otro.

—¡Puaj! —respondió el primero—. Chúpamela.

Al parecer, este tipo de gente siempre se saludaba con insultos.

—Oye, Iga —dijo el mozo que guiaba al caballo de Yaji—, el tío con el que estuviste bebiendo ayer, ¿no era Bōshū<sup>1</sup>, el de la estación de arriba?

Y este tipo de gente tampoco llamaba nunca a los demás por sus nombres, sino por el nombre de las provincias de las que venían.

—Así es —le respondió el mozo que llevaba el caballo de Kita, tras escupir en la carretera—. Deja que te cuente lo que pasó anoche. La mujer del colega Bōshū se puso a cambiarle el agua al canario en la puerta trasera, y el ruido me estaba poniendo enfermo. «¿Es que a esta mujer no le importa dónde hacerlo?», pensé. Así que salí dispuesto a darle una buena porque, verás, estaba ya tan harto que me apetecía darle a alguien una buena tunda. Así que levanté el puño y estaba a punto de meterle un sopapo cuando me descubrió.

»—Oye, ¿qué estás haciendo? —me preguntó.

»—¿Que qué estoy haciendo? ¿Te parece bonito ponerte ahí, como si fuéramos perros? —le dije, y le di una hostia.

»—¡Canalla! —me dijo, y me dio un empujón que casi me tiró al suelo; la tía es muy grande y fuerte.

»—Eh, ¿qué estás hablando? —le dije, y le di una bofetada en la cara que la envió contra la pared del establo y la hizo caerse. Así que la agarré y, como estaba aún parlotando, le metí en la boca dos o tres trozos del pastel de arroz<sup>2</sup> que había comprado para el hijo del señor y, mientras masticaba, le di pero bien. Entonces me dijo que quería más y empecé a buscar a mi alrededor, pero cogí un trozo de estiércol de caballo por error y se lo metí en la boca, y esto le sentó tan mal que se enfadó conmigo. Así que al final tuve que prometerle que le llevaría un par de sandalias nuevas. ¡Menudo incordio!

1 Abreviatura de Awa (formada por el sufijo «shū», provincia, y un carácter del nombre de la provincia).

2 Este es el famoso *mochi*, hecho de pasta de arroz glutinoso.

Mientras se divertían escuchando esta historia, llegaron a las afueras de Kanagawa y, tras bajar de sus caballos, continuaron su viaje a pie. Las casas de té de Kanagawa tenían dos plantas con balaustradas y balcones con vistas al mar.

Las chicas de las casas de té estaban en las puertas, gritando:

—¡Entrad y descansad! ¡Probad nuestros platos recalentados y nuestro pescado frío! Nuestros fideos son los más gordos. ¡Haced un descansito y entrad!

Pensando que podían tomarse un pequeño refrigerio, los dos entraron en una de las casas de té.

—Qué bonito es esto —dijo Yaji.

—¡Ya te digo! —exclamó Kita—. Esa chica está estupenda. ¿Qué tienen para comer?

Después de mirar a su alrededor para ver qué había, Kitahachi pidió un poco de pescado y de sake. La chica se limpió las manos en el delantal y les llevó una botella de sake y un plato de caballa.

—Siento haberos hecho esperar —les dijo.

—Si lo has asado tú, seguro que estará buenísimo —le dijo Yaji.

Pero la chica le dedicó una sonrisa forzada y salió a la puerta para cazar a algunos clientes más.

—¡Entrad y descansad! —gritaba—. Hay espacio de sobra en la parte de atrás.

—Claro que lo hay —dijo Kita—. Llega hasta Awa y Kazusa<sup>1</sup>.

Tras marcharse de la casa de té continuaron bromeando, hablando a gritos y entreteniéndose con una cosa u otra hasta que se toparon, al final de la estación, con un chico de doce o trece años que iba hacia Ise.

—¡Por favor, señor, deme una moneda! —exclamó el chico.

---

1 Los nombres de las provincias al otro lado de la bahía de Tokio.

—Claro, claro —le dijo Yaji—. ¿De dónde vienes?

—Vengo de Ōshū<sup>1</sup> —contestó el chico.

—¿De qué parte de Ōshū? —le preguntó Kita.

—Lo llevo escrito en mi sombrero.

—«Chōmatsu, aldea de Hatayama, distrito de Shinobu, Ōshū» —leyó Yaji—. De Hatayama, ¿eh? He estado allí. ¿Goza de buena salud el señor Yojirobei?

—No conozco a nadie llamado Yojirobei —dijo el chico—, pero el señor Yotaro vive en la casa contigua a la nuestra.

—Sí, sí, eso mismo —dijo Yaji—. ¿No vive con él un viejo llamado Nontaro?

—Hay un anciano, sí —dijo el chico.

—Y el señor Yotaro está casado con una mujer —continuó Yaji.

—Sí, la señora Katsu es una mujer. Vuestas mercedes lo saben todo.

—No sé cómo estarán las cosas ahora —dijo Yaji—, pero en aquel momento el más importante de la aldea era Denzaburo Kumano. ¿Sabes quién es? Su esposa huyó de casa tras tener una aventura amorosa con uno de sus caballos.

—El señor lo sabe todo al respecto —afirmó el chico—. La señora lo abandonó, como bien dice.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —exclamó Kita.

—¡Oye, chico! —dijo Yaji—. ¿Por qué te quedas atrás? ¿Estás cansado?

—Tengo tanta hambre que no sé qué hacer —le contestó el chico.

—¿Quieres que te compre algunos pasteles de arroz? —le preguntó Yaji—. Ven conmigo.

Entusiasmado, le compró al chico cinco o seis pasteles de arroz.

---

1 Este era el nombre que recibía toda la zona noreste de Japón.

—Aquí tienes, chico —le dijo—. Como ves, lo sé todo sobre tu aldea.

Entonces un amigo del chico, que también era un chaval de catorce o quince años, llegó corriendo tras ellos.

—¡Oye, Chōmatsu, Chōmatsu! —gritó.

—Ven aquí —le contestó Chōmatsu.

—Dame algún pastel de arroz, anda.

—Pídele a ese hombre de delante que te compre algunos —le sugirió Chōmatsu—. Lo único que tienes que hacer es contestar que sí a todo lo que te pregunte sobre el lugar donde naciste.

—Haré que también me dé algunos a mí —dijo el chico, y salió corriendo detrás de Yaji—. ¡Por favor, cómprame algunos pasteles de arroz a mí también!

—¿De dónde eres? —le preguntó Yaji, y miró lo que llevaba escrito en su sombrero—. ¡Ajá! Tú también eres de Ōshū. De Imura, Shimosaka, ¿eh? Oye, ¿hay en tu pueblo un anciano que se llama Yomosaku?

—Si quiere que le siga la corriente, cómprame el pastel de arroz primero —le dijo el chico.

—¡Anda ya! —exclamó Yaji, y estalló en carcajadas.

—¡Je, je! Esta vez te ha pillado —se rio Kita.

Riendo y bromeando de este modo llegaron a Hodogaya, donde los señuelos<sup>1</sup> esperaban a ambos lados del camino con sus delantales azules y sus rostros enyesados con polvo, como si llevaran máscaras. Se dice, de hecho, que en la antigüedad este lugar se llamaba Katabira<sup>2</sup>.

Entonces escucharon la perezosa voz de un arriero cantando:

---

1 Se refiere a las chicas que los posaderos colocaban junto a la carretera para hacer que los viajeros se detuvieran. Generalmente se las llamaba *tome-onna*, chicas-parada.

2 Este es el nombre que recibe un atuendo veraniego hecho de cáñamo.

En el monte Fuji hay una cueva para cobijar a los caballos;  
¿No me refugiarás tú en el dulce calor de tus brazos?

—Para aquí, arriero —le pidió una de las chicas.

—No, no puedo —le contestó el mozo—. El señor se dirige a la Musashiya<sup>1</sup>. Pero hasta el caballo se detendría al verte la cara.

—¡Hin, hin! —relinchó el caballo.

Detrás de él llegaron dos o tres viajeros más.

—Detente aquí —dijo una chica, agarrando a uno de ellos.

—¡Para, para! —gritó el viajero—. Vas a arrancarme el brazo.

—¿Y eso qué importa? —le dijo la chica—. Anda, para aunque solo sea para comer algo.

—No seas tonta —le dijo el viajero—. Si perdiera el brazo, ¿cómo podría comer?

—Tanto mejor para nosotros —le contestó la chica.

—No seas pesada. Suéltame —insistió el hombre.

Se zafó de la chica y continuó su camino. Tras él, llegó un sacerdote que estaba de viaje.

—Detente aquí —le dijo la chica.

El sacerdote la miró con atención.

—No —dijo—. Creo que seguiré un poco más.

Después de él llegó un grupo de campesinos.

—¡Alojaos aquí! —exclamó la chica.

—No creo que podamos, a menos que sea barato —le respondió uno de ellos.

—Nuestra tarifa es doscientas monedas de cobre por persona —le dijo la chica.

—¡Oh, oh! —dijo el campesino—. Nosotros no podemos pagar tanto. No nos importa que el baño esté un poco frío y nunca nos comemos más de seis o siete tazones de arroz y de

<sup>1</sup> Nombre de una posada. El «ya» del final de los nombres de las posadas y casas de té significa «casa».

sopa cada uno<sup>1</sup>. Y para el almuerzo de mañana tendríais que llenarnos esta cesta hasta los topes. Eso es lo único que pedimos, y estamos dispuestos a pagar por ello ciento sesenta monedas cada uno.

—Si es eso lo que queréis, será mejor que os vayáis a otro sitio —les dijo la chica.

—Bueno, si vosotros no nos alojáis, seguiremos adelante —dijo el campesino, y continuaron su camino.

Riéndose, Yaji y Kita caminaron hasta llegar a Shina no Zaka, donde descubrieron, para su sorpresa, que ya habían llegado a la frontera de la provincia de Musashi.

El sol estaba ya acercándose a las montañas del oeste y, como querían llegar hasta Totsuka aquella noche, apresuraron el paso.

—Espera un momento, Kita —dijo Yaji—. Hay algo de lo que quiero hablar contigo. Mira, seguramente intentarán endilgarnos a alguna chica en todos los sitios en los que nos detengamos, y se me ha ocurrido un plan para evitarlo. Como soy mayor que tú, fingiré que soy tu padre, y tú que eres mi hijo. Eso haremos en todos los lugares en los que nos detengamos.

—Buena idea —dijo Kita—. Es justo lo que necesitamos para evitar que nos molesten. ¿Debo llamarte padre?

—Sí, sí. Tienes que actuar como mi hijo, ¿sabes? Y hacer todo lo que yo te diga.

—Está bien, pero si se me arrima alguna chica guapa ni se te ocurra intentar espantarla.

—No digas tonterías —le contestó Yaji—. Bueno, ya estamos en Totsuka. ¿Quieres que vayamos al Sasaya?

—Padre... —dijo Kita.

—¿Qué pasa?

—Aquí no hay chicas pidiéndonos que entremos.

---

1 Tres tazones de arroz y un cuenco de sopa era lo que permitía la buena educación.

—Eso parece —asintió Yaji—. Debe haber alguien importante alojado en Totsuka, ya que todas las posadas tienen avisos colocados<sup>1</sup>.

—Esa posada tiene buena pinta —sugirió Kita.

—¡Oye, chica! —gritó Yaji—. ¿No podrías alojarnos esta noche?

—No hay una sola posada en Totsuka que no esté ocupada esta noche —le contestó la chica.

—¡Oh, vaya! Lo suponía.

Recorrieron el pueblo pero descubrieron que todas las posadas estaban llenas y que no había ningún sitio donde pudieran hospedarse. Al final, a las afueras encontraron una posada que no parecía estar ocupada.

—¿Podríais alojarnos esta noche? —preguntó Yaji.

—¿A vosotros dos? —dijo el propietario—. Sí, claro. Todas las posadas de esta estación están llenas esta noche; la mía es la única con habitaciones libres.

—Pues parece estar muy limpia —dijo Yaji—. Me sorprende que no esté también ocupada.

—Es que está recién construida —les explicó el propietario—. Oye, Nabe, ¿dónde está el agua caliente<sup>2</sup>?

Rápidamente apareció una doncella con agua caliente, y a continuación llevaron su equipaje a una habitación.

—Oye, Yaji, quiero decir, padre... —dijo Kita—. ¿Guardo tus sandalias con las mías?

—Sí, y dale un buen lavado a mis calzas —le contestó Yaji.

—¿Qué? ¿Que te lave las calzas? —exclamó Kita.

El joven miró fijamente a Yaji, pero este le echó una mirada de advertencia y, gruñendo entre dientes, Kita le lavó las calzas.

—Tráenos un poco de té —pidió Kita a la doncella.

1 Cuando esperaban al séquito de un *daimyō*, las posadas colocaban letreros de «Ocupado» o «Reservado».

2 Para lavarse los pies. En Japón se quitan el calzado al entrar.

La chica los condujo a una habitación de la planta baja y les llevó dos tazas de té en una bandeja.

—El baño está preparado —les dijo.

—Oye, Kita, ¿has visto la cara de esa chica? —le preguntó Yaji cuando la doncella se hubo marchado—. Está desgastada por el centro, igual que un apeadero.

—Así es —le contestó Kita—. Oye, Yaji...

—Cuidado, que viene.

—¿Por qué no tomas un baño, padre? —dijo Kita mientras la doncella entraba con unos vasos de sake.

—Vaya, ¿sake? —dijo Yaji—. Siempre hacen lo mismo con la gente de Edo.

—¿Por qué nos han traído sake? —preguntó Kita—. ¿Nos lo meterán en la cuenta?

—Seguro que sí —le contestó Yaji.

Yaji cogió una toalla y salió para bañarse. Mientras estaba fuera, la criada les llevó una botella de sake y una caja con comestibles<sup>1</sup>.

—Por favor, servíos —dijo la chica.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Kita—. Dile a mi padre que se dé prisa en venir.

La criada se marchó para entregar el mensaje, y Yaji volvió rápidamente.

—¡Ajá! ¿Qué es esto? ¿Es para beber? Mira, sería mejor que fueras a bañarte ahora mismo.

—No, no. Iré después, cuando nos lo hayamos bebido —dijo Kita.

—Qué desconfiado eres. Anda, ve a bañarte.

Kita, por tanto, se fue a bañarse. Entonces apareció el posadero.

---

1 Los aperitivos que acompañan al sake se llaman *sakana* («pescado») aunque antiguamente esta palabra se asociaba con cualquier alimento tomado con sake.

—Siento no tener nada mejor para ofreceros —dijo—. Por favor, bebed todo lo que queráis.

—En realidad no queremos aprovecharnos de tu hospitalidad... —le contestó Yaji.

—Para nada —insistió el posadero—. Esto es lo que pasa: como hoy es la inauguración de la posada y sois mis primeros huéspedes, he pensado que debíamos celebrarlo. Invita la casa, así que, por favor, servíos con libertad.

—Bueno, bueno, entonces te deseo mucha suerte —dijo Yaji—, aunque es una lástima que la invitación vaya a salirle tan cara.

—Oh, no es nada. Pedid lo que queráis. La sopa estará lista en un minuto.

—Por favor, no se preocupe más por nosotros.

—No es molestia. Descansad —dijo el propietario, y se marchó rápidamente mientras Kita volvía del baño.

—Padre, ¡lo he oído todo! —exclamó Kita dramáticamente—. Debemos mostrarnos agradecidos.

—En lugar de quedarte aquí bromeando —le dijo Yaji—, deberías meterte en el baño de nuevo mientras yo me bebo este sake.

—Eso fue lo que pensé mientras estaba en el baño, y por eso me di prisa —le contestó Kita—. Vaya, todavía tengo las piernas cubiertas de barro. No importa. Comencemos a beber.

—Yo empecé hace ya un rato, pero no me importa comenzar de nuevo.

—Voy a probarlo —dijo Kita, y a continuación cogió un vaso, lo llenó y se lo bebió de un trago—. Ah, qué buen sake. Por cierto, ¿qué hay de comer? Ajá, pescado blanco. Espero que no sea tiburón<sup>1</sup>. También jengibre encurtido y gambas. Buena

---

<sup>1</sup> El mejor pescado blanco, al vapor, era el besugo y el lenguado. El tiburón era el más barato.

comida de la región. Toma, padre, estás bayas de *shiso*<sup>1</sup> te sentarán bien. Lo mejor será que solo comas eso.

—Tonterías —protestó Yaji—. Eso es lo que todo el mundo se deja. Por cierto, me pregunto cuándo van a traer la sopa.

—No seas impaciente. —Echó un vistazo a la cocina a través de la rendija de la puerta—. ¡Ya viene, ya viene! Acaban de servirla. ¡Oh, cielos! Esa no era para nosotros; era para ponerla frente al altar. Ah, ya viene la nuestra.

Kita acababa de sentarse de nuevo cuando la criada entró con la sopa.

—¿Lleno la botella de sake de nuevo? —les preguntó.

Cuando se marchó ambos levantaron ansiosamente las tapas de los cuencos de sopa.

—¡Sopa de judías rojas! —exclamó Kita—. ¡Deliciosa! Espero que las judías estén tiernas. Por cierto, ¿dónde está la botella de sake?

—¡Espabila! —se rio Yaji—. La chica acaba de llevársela.

—Parece que ya la trae de vuelta —dijo Kita.

La criada les llevó la botella de sake y ambos comenzaron a beber como profesionales. El vaso de sake<sup>2</sup> pasaba tan frecuentemente de uno a otro que no tardaron mucho en estar medio borrachos y en olvidar quién era el padre, y quién el hijo.

—¿No tomarás tú también un poquito, guapa? —le dijo Kita a la criada.

—Nunca pruebo una gota —contestó la chica.

—¿En serio? —dijo Kita—. Qué casualidad, ¡yo tampoco! No importa. Esta noche podríamos vernos tú y yo, ¿eh? ¿Qué te parece? Venga, cerremos el trato con una copita.

—Me parece que este hijo mío está borracho —dijo Yaji.

---

1 El nombre científico es «perilla nankinensis».

2 El vaso de sake, que es muy pequeño y contiene poco más de un trago, se pasa de uno a otro.

—¿Borracho? —repitió Kita—. Bueno, es posible, pero aún me queda un montón de energía. ¡Mira qué cara pone mi viejo! ¡Ja, ja!

Mientras seguían con sus chistes de borracho, la criada, que estaba perpleja, se bebió el vaso de sake que Kita le había dado y se lo devolvió a Yaji<sup>1</sup>.

—¿Qué? —exclamó Kita—. ¿Prefieres a esta vieja bestia? No importa, es culpa mía que se lo hayas dado a él. Yo seré el siguiente, ¿no?

La chica, asustada por su cháchara de borracho, salió corriendo de la habitación.

—Eres un mal tipo —le dijo Yaji—. ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas delante de una mujer?

—¿Qué tiene de malo? —dijo Kita—. No hay nada malo en ello. Esa chica estaba poniéndome ojitos. Ya no quiero seguir jugando a ser padre e hijo.

Después de un rato, la criada les llevó arroz<sup>2</sup> e hicieron más bromas, pero no aburriré a mis lectores escribiéndolas todas. Aunque ya no se comportaban como padre e hijo, la doncella aún pensaba que era así y rechazó sus insinuaciones, de modo que aquella noche durmieron con la única compañía de sus almohadas. A medida que avanzaba la noche, los ruidos comenzaron a disiparse, hasta que lo único que pudo oírse fue la voz de la mujer del posadero echándole la bronca. Pero el sueño no los atrapó. Las sábanas estaban sucias y el divino favor de la Kwannon de las mil manos los mantuvo rascándose<sup>3</sup>. Además, entraba una corriente de aire por la rendija bajo la puerta. Cuando el efecto del sake se disipó empezaron a pensar que,

1 La idea de Kita era que la doncella le devolviera el vaso como señal de que accedía a sus deseos. Como se lo entregó a Yaji, se enfadó.

2 El sake suele formar parte del aperitivo tras el que se sirve el arroz.

3 Kwannon, diosa de la piedad, se representa con un millar de manos, por lo que se usa simbólicamente para referirse a las pulgas o piojos, muy comunes en la época feudal.

aunque la chica no había aceptado sus propuestas, al menos se habían ahorrado algún dinero.

Entonces, mientras aún sufrían la tortura de sus almohadas de madera, la campana comenzó a tañer señalando el alba. Frente a la posada ya se oían los relinchos de los caballos de los viajeros y las canciones de los porteadores que llevaban el equipaje.

En el bambú hay gorriones<sup>1</sup>  
 Por todos los rincones.  
 ¿Qué debemos hacer?  
 ¿Qué nos propones?

Al final, Yaji y Kita se levantaron, desayunaron entre bromas que sería demasiado tedioso repetir y se pusieron en marcha de nuevo. Un flujo constante de hombres que transportaban el equipaje de un *daimyō* venía de la dirección contraria.

Hakone nos espera tras  
 Treinta kilómetros cuesta arriba<sup>2</sup>.  
 Debemos llegar a tiempo...  
 Eso es lo que nos motiva.

—Míralos, Yaji —dijo Kita—. Mira con qué facilidad cargan con ese pesado equipaje. Mira cómo les tiemblan las piernas.

—Me deprime verlos así, dando bandazos —dijo Yaji.

—Vaya, ¿por qué? —le preguntó Kita.

—Me recuerdan a mi difunta esposa.

—¿Qué dices! ¡Ja, ja!

1 Este era el escudo de armas del *daimyō* de Sendai, y lo que dio origen a la canción.

2 El tramo de treinta kilómetros en pendiente a través de Hakone era una de las partes más conocidas del viaje entre las dos capitales



Recorre el Tōkaidō por Internet